

frescales, es un ser sin entrañas, sin escrúpulos, sin sentimientos de humanidad.

Que conste. Habrá obrero que en vela constante de su honradez, por sus desgracias tendrá en el oca-so de una fructífera y digna existen-cia, que acogerse al benéfico socorro del Santo Hospital Asilo, socorro merecido que le dignifica cuando este mismo socorro nace de la filan-tropía, de la bondadosa piedad hu-manitaria, de la caridad mejor em-pleada. Pero este obrero, que ha te-nido en más estima su honradez por la que habrá luchado para mante-nerla inmaculada, al saber que debe su caridad recibida, al vicio, a la prostitución, a la corrupción de su pueblo, a ese obrero se le mata mo-ralmente, se le hiere en lo más hon-do de su corazón, llegando al paro-xismo de pensar en el suicidio antes de deber sus atenciones al maca-bro embrutecimiento de sus deudos, de su pueblo querido.

Pero, así lo quiere la frescura de nuestro frescales alcalde, así lo quiere el orgullo del hombre más revestido de autoritarismo y absolu-tismo que puede anidar un corazón de roca, sin fibras conmovibles, sin sentimientos posibles. Por eso, aún después de tantas quejas y dolorosas exclamaciones se sigue **jugando**, fomentando el embrutecimiento de esta villa y no solo se sigue con lo mismo, que se aumenta, se tolera, se calla y... se cobra.

En los anales de la decadencia moral de nuestro pueblo, como bla-són de ignominia sobre el orgullo del señor Torras hay que añadir la actuación de otra burdel, corregido y aumentado, donde descaradamen-te se apareja el juego con el lenoci-nio. Otro café de camareras de doble servicio estas, con sus correspon-dientes garlitos donde nuestra incau-ta e inexperta juventud se pervertirá dejando sobre aquellos asquerosos y mugrientos harapos su salud, su vida y sus dineros robados a sus necesidades.

Allí de fuertes y soñadores de rosadas ilusiones se convertirán en candidatos a la tisis, a la degenera-ción mental, al crimen. Pero eso

rendirá, dará unos pingües resulta-dos que se emplearán ¡oh rabia! al sostenimiento de una caridad oficial.

¡Que sarcasmo, señores! ¿Que tendrá por corazón, ese hombre fu-nesto que por R. O. sufrimos por alcalde? ¿Dónde anidan sus senti-mientos?

Sr. Torras: por caridad, si en la industria de su explotación sus obre-ros envejecen a la mayor pobreza, no tolere que en su indigencia, si han de recibir el apoyo de un santo establecimiento, tengan de comer un pan tan amargo, amasado con la as-querosa agua de lupanar, de la fuen-te de todos los vinos de todas las corrupciones.

Si un átomo conserva su corazón aún de sentimiento, a él acudimos para que cese tanta desgracia que amenaza acabar con la dignidad de un pueblo y con la salud de sus hijos.

Pero no lo creemos factible. Le conocemos su fatuosidad y por eso decimos nosotros, con sentimiento, pero apenados por su realidad: es V. un frescales.

Quizás, y en justicia lo decimos. no tenga V. toda la culpa. Quizás sean parte en ella esa caterva de sus voceadores, estos aspirantes al mangoneo, al oligarquianismo, al pesebre municipal de prebendas. Esos de **la Demo** que en todas ho-ras y en todas partes le aclaman, celebran sus frases, pregonan acti-tudes y oroclan una omnipoten-cia a V. que aún que le dá briso y corage le perjudican, le pierden.

Ellos han hecho de V. un caci-que, que con sus actuaciones han ensanchado y ridiculizado, porque no ven en V. al hombre que siente ansias de una regeneración [y resur-gimiento de su pueblo y si solo ven en V. el baluarte de unas aspiracio-nes que han de serles pródigas en esplendideces, fuente de favores.

De aquí surgen sus aclamaciones para con V. de superhombría, de moralidad administrativa, de rege-nerador de costumbres, de evolu-cionista a un nuevo resurgimiento, chillando al retumbeo de su frascolo-gía y callando ocultando sus defec-tos, posibles en todo ser humano.

Ambiciosos de prebendas, en todas sus disposiciones le aclama-rán aún que algunas—las más—vayan acompañadas del desacierto y digo las más por ser de ellas el ma-yor número nacidas en la ofusca-ción de un cerebro preparado al englobo de orgullosas pretensiones.

Ellos son los que en letras de molde le proclaman en *mesías* de la moralidad administrativa y un fran-co reproche, ni una insignificante excusa brota de su cacumen para defender la inmoralidad imperante o cuando menos excusar su tole-rancia.

Hablan de moralidades, ellos por entender que ésta puede pasar si no desnuda del todo de prejuicios, con un taparrabos de ambiciones satis-fechas, pero bien ocultas entre los pliegues de la ropa de su confección.

Son los mismos moralistas de la moralidad electoral de la pasada lu-cha que pregonaban moralidades y estacazos, derechos legítimos y chan-chullos que excusaban.

Para ellos no debe existir otra ley que la de su capricho, ni otro capricho que sus ambiciones, ni otras ambiciones que longevidad a su petulancia con disfraz de intelectua-lidad.

Esta escuela de superchería gás-trica—como podría llamarse—perte-necen sus incondicionales, Sr. To-rras; los que aclamándole le pierden, los que agrandándole le ridiculizan, los que siguiéndole le empujan.

No es al hombre, al genio ni al reformador al que siguen, es la voz de las suyas ambiciones que les em-puja al más allá de lo posible. al desconocido de su aventurero quijo-tismo. Sentimientos ninguno; aspira-ciones, su medro. Y usted les sigue o mejor los capitanea sin calcular el alcance de su volubilidad y con ellos, juntos, todos juntitos sois lo que sois.

Unos frescales.

J. FLORES Y ESPINOS.

